

(Estudio extraído de este sitio web:
<http://tranquilacion.wordpress.com/2012/06/13/guia-de-lectura-de-san-manuel-bueno-martir-de-miguel-de-unamuno/>
Ignoro su autor)

ESTUDIO MONOGRÁFICO DE *San Manuel Bueno, mártir*.

Introducción. Génesis.

Esta novela corta es considerada por muchos críticos como la más característica dentro de la narrativa del autor. En su prólogo dijo Unamuno: *“Tengo la conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida cotidiana”*. Por su fecha (1931), recoge las reflexiones del Unamuno viejo ante problemas que no habían dejado de preocuparlo.

En 1930 regresa el autor de su destierro. Su primera intención es entrar en la política, entregarse de nuevo a la tarea regeneradora de España, tras el paréntesis de la dictadura. Pero he aquí unas palabras suyas de aquel año: *“Volví para reanudar aquí, en el seno de la patria, mis campañas civiles o, si se quiere, políticas. Y mientras me he zahondado en ellas, he sentido que me subían mis antiguas, o mejor dicho, mis eternas congojas religiosas, y en el ardor de mis pregones políticos me susurraba la voz aquella que dice: “Y después de esto, ¿para qué todo?, ¿para qué?” Y para aquietar esa voz o a quien me la da, seguía perorando a los creyentes en el progreso y en la civilidad y en la justicia, y para convencerme a mí mismo de sus excelencias”*.

Poco después de escribir estas palabras, escribirá *San Manuel Bueno, mártir*, en donde hallarán profundo eco tales preocupaciones. La idea de un sacerdote que pierde la fe era vieja en Unamuno (había conocido un caso tiempo atrás). Pero en la génesis de la obra inciden diversas lecturas: la de *El vicario* de Cigés Aparicio, la de una obra de Rousseau: *Profesión de fe del vicario saboyano*, pero Unamuno se inspira más de cerca en una novela del italiano A. Fogazzaro, *Il Santo* (1905). En ambas obras se desarrolla un tema semejante; los paralelismos entre los personajes y sus nombres son notables, así como los que existen entre los nombres de los pueblos, el escenario (el lago) y ciertos episodios. Esta novela la consideraría Unamuno como una incitación para tratar un tema muy suyo, aunque las dos son estéticamente diferentes. Además, antes de ponerse a escribir su novela, Unamuno viajó al lago de Sanabria y su comarca (San Martín de Castañeda, provincia de Zamora), de donde recibió otro impulso para su creación (allí se conserva la leyenda de un pueblo, Valverde o Villaverde de Lucerna, que se encuentra sumergido en el lago).

Argumento

Ángela Carballino escribe la historia de don Manuel Bueno, párroco de su pueblecito, Valverde de Lucerna. Múltiples hechos lo muestran como un “santo vivo, de carne y hueso”, un dechado de amor a los hombres, especialmente a los más desgraciados, y entregado a “consolar a los amargados y atediados, y ayudar a todos a bien morir”. Sin embargo, algunos indicios permiten adivinar a Ángela que algo lo tortura interiormente: su actividad desbordante parece encubrir “una infinita y eterna tristeza que con heroica santidad recataba a los ojos y los oídos de los demás”.

Un día, vuelve al pueblecito el hermano de Ángela, Lázaro. De ideas progresistas y anticlericales, comienza por sentir hacia don Manuel una animadversión que no tardará en convertirse en la admiración más ferviente al comprobar su vivir abnegado. Y es precisamente a Lázaro a quien el sacerdote confía su terrible secreto: no tiene fe, no puede creer en Dios, ni en la resurrección de la carne, pese a su vivísimo anhelo de creer en la eternidad. Y si finge creer ante sus fieles es por mantener en ellos la paz que da la creencia en la otra vida, esa esperanza consoladora de que él carece. Lázaro, que confía el secreto a Ángela, convencido por la actitud de don Manuel, abandona sus ideas progresistas y, fingiendo convertirse, colabora en la misión del párroco. Y así pasará el tiempo hasta que muere don Manuel, sin recobrar la fe, pero considerado un santo por todos, y sin que nadie, fuera de Lázaro y Ángela, haya penetrado en su íntima tortura.

Más tarde morirá Lázaro, y Ángela se preguntará acerca de la salvación de aquellos seres queridos.

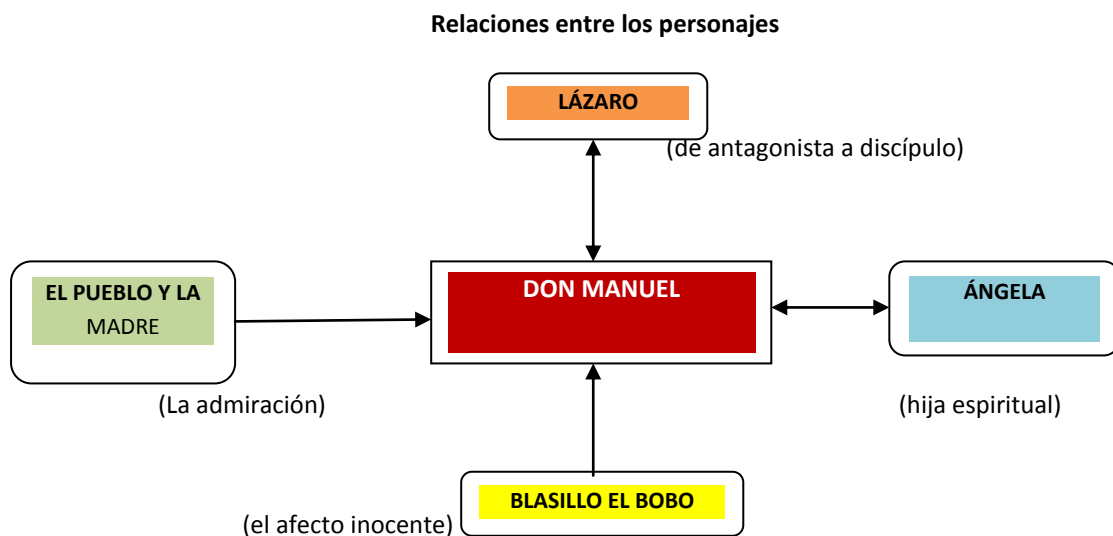


Personajes

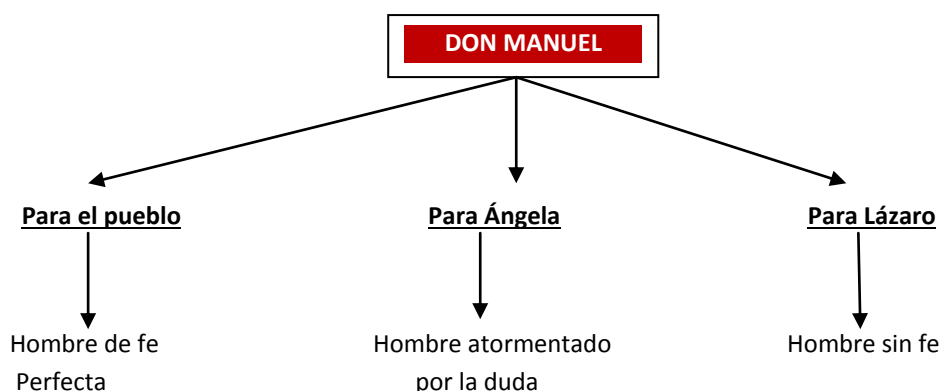
- **Don Manuel:** por sobrenombre Bueno (como Alonso Quijano antes y después de ser don Quijote, es decir, cuando está en su sano juicio y no “sueña”), párroco de Valverde de Lucerna, es el personaje central de la obra. La novela se organiza en torno a su lucha interior y su comportamiento para con el pueblo. La clara contradicción (o “agonía” en el sentido unamuniano de “lucha”) que se manifiesta entre estos dos aspectos de su personalidad hace que lo podamos considerar como la personificación de la suprema paradoja de Unamuno. La contradicción, asumida por el personaje y motor de la trama novelesca, se produce por la voluntad de vivir como creyente y la imposibilidad de creer. La vida es sentida por don Manuel como un continuo combate “sin solución ni esperanza de ella” entre la realidad y su deseo, la razón y la fe, y sólo acepta, como única verdad sólida, el amor al semejante, imponiendo esta verdad sobre todas las demás verdades de su conciencia. De manera que el **enfrentamiento entre la razón y la fe, la verdad y la vida**, será el tema central de la novela. Don Manuel no es creyente, pero actúa como si lo fuera y comunica al pueblo la fe que él no tiene para que no pierda la ilusión de vivir: “Lo primero es que el pueblo esté contento. El contentamiento de vivir es lo primero de todo”, dice don Manuel. Además, en numerosas ocasiones se establece el **paralelismo entre don Manuel y Cristo**, casi la identificación, para indicar la presencia de Cristo entre los hombres (su voz es divina, clama en la misa del Viernes Santo: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”, y se hace hincapié en la naturaleza humana de Cristo). También se hace referencia a Moisés, que condujo al pueblo de Israel a la tierra prometida pero no pudo entrar a ella por no haber creído en la promesa de Dios, “por haber visto a Dios cara a cara”.
- **Ángela:** La presencia de los hermanos Ángela y Lázaro en la obra actúa como dos polos contrapuestos que van acercándose a la figura central de don Manuel. Ángela parte de una fe firme. Lázaro es ateo convencido y anticlerical. Su función es conocer al protagonista a través de sus contrarios puntos de vista. Ángela significa en griego “mensajero”, ella es la evangelista, la transmisora de la buena nueva de la vida del santo (se pretende beatificarlo). Este personaje

desempeña distintas funciones: mensajera o evangelista; narradora, no omnisciente, sino limitada a lo conocido por su experiencia. Se dirige a un lector indeterminado; testigo, ya que refiere lo visto y oído, y forma parte de lo narrado. Así se mezcla lo objetivo y lo subjetivo en su narración, porque sus recuerdos mezclan sucesos en el tiempo, y no ofrece garantía de objetividad (“y yo no sé lo que es verdad y lo que es mentira, ni lo que vi y lo que soñé”); ayudante, como personaje también interviene en lo narrado; confesante y confesora: su narración le sirve de confesión, y sabemos que se basa en la sinceridad. Y también hace el papel de confesora de don Manuel, quien le pide que lo absuelva en nombre del pueblo por el pecado de no creer en Dios; hija-madre del protagonista; como hija, don Manuel es “su padre espiritual”, padre de su espíritu; pero conforme se va introduciendo en los recovecos del espíritu del sacerdote, va transformándose y adaptándose al nuevo papel de madre.

- **Lázaro:** El simbolismo de este personaje resulta claro: Don Manuel resucita el espíritu de Lázaro a su fe para su religión. Este personaje opone al principio su razón a la fe que predica don Manuel, y se refiere a la aldea como “feudal y medieval”, con desprecio: “aquí uno se entontece, se embrutece y se empobrece”. Al conocer al sacerdote desconfía de él, y de que sea un “cura de aldea”, y como don Manuel sabe que no se dejará engañar, le confiesa la verdad y lo convence de que al pueblo hay que dejarlo en paz –en fe- para que viva feliz. Con Lázaro se introduce en la novela el tema de “si es útil para la felicidad del pueblo preocuparse de los problemas sociales”, y la respuesta de don Manuel es la de Unamuno: “Lo que el pueblo necesita es cobrar confianza en sí, tener un sentimiento y un ideal propios acerca de la vida y de su valor”, como don Manuel: “¿Cuestión social? Deja eso, no nos concierne. (...) ¿No crees que del bienestar general surgirá más fuerte el tedio de la vida?” Da la impresión de que, en estos momentos de su vida, Unamuno está renegando de su vida de luchador para volver a la vida contemplativa.
- **Blasillo:** Blasillo representa el grado máximo de la fe ciega e inocente que don Manuel desea y predica para su pueblo. El personaje está tratado con gran cariño. Blas, el bobo, repite como un eco las palabras del párroco, cuyo sentido ignora: recorre el pueblo gritando: “¡Dios mío, dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”, y subraya la más enigmática de las frases que pronuncia don Manuel desde su conciencia más lúcida. Cuando muere el sacerdote, también lo hace Blasillo, y así culmina simbólicamente la identificación del pueblo con su párroco. El resto es silencio: recuérdese el pasaje del credo, imposible de acabar sin la ayuda de quienes, con su fe, transportan al que calla cuando llegan las palabras indecibles. Veámoslo en los siguientes esquemas:



Diferentes imágenes del yo íntimo de don Manuel



Temas. Alcance y sentido

- ✓ La novela gira en torno a las grandes obsesiones unamunianas: **la inmortalidad y la fe** (lucha íntima entre la razón, que niega la inmortalidad del alma, y la voluntad, que lo alienta en su búsqueda de la fe). Pero se plantean ahora con un enfoque nuevo en él: **la alternativa entre una verdad trágica** (dictada por la razón, según la cual el hombre es un ser destinado a la muerte, y la inmortalidad del alma es sólo una ilusión inventada por el hombre para hacer más soportable la existencia) **y una felicidad ilusoria** (aquella que se basa en la fe en Dios y en la inmortalidad del alma. Así, el hombre vive feliz y tiene paz interior, alimentando la esperanza en la vida eterna). Y Unamuno parece optar por la segunda (lo contrario de lo que harían los existencialistas Sartre o Camus). Así, cuando Lázaro dice: “La verdad ante todo”, don Manuel contesta: “Con mi verdad no vivirían”. Él quiere hacer a los hombres felices: “que se sueñen inmortales”. Y sólo las religiones –dice- “consuelan de haber tenido que nacer para morir”. Y, como ya hemos visto, incluso disuade a Lázaro de trabajar por una mejora social del pueblo: “Sí, ya sé que uno de esos caudillos de la que llaman revolución social ha dicho que la religión es el opio del pueblo (Son palabras de Marx). Opio... Opio...Opio, sí. Démosle opio, y que duerma y que sueñe”. Según esto, Unamuno estaría alejado completamente de los ideales sociales de su juventud y de aquel que quería “despertar las conciencias”, y que decía: “la verdad es antes que la paz”.

LUCHA DIALÉCTICA ENTRE CONTRARIOS		
Planteamiento del problema	La razón nos dicta que no hay vida eterna	La fe permite creer en la inmortalidad del alma
Reacción	Verdad dolorosa: vida angustiada	Verdad gozosa: paz y contento de vivir
Personajes	Don Manuel Lázaro	El pueblo (Blasillo)

CONFUSIÓN Y DUDA:
 ¿Qué es verdad y qué es mentira?
 ¿Qué es lo vivido y qué lo soñado?
 ¿Qué es creer?
 ÁNGELA

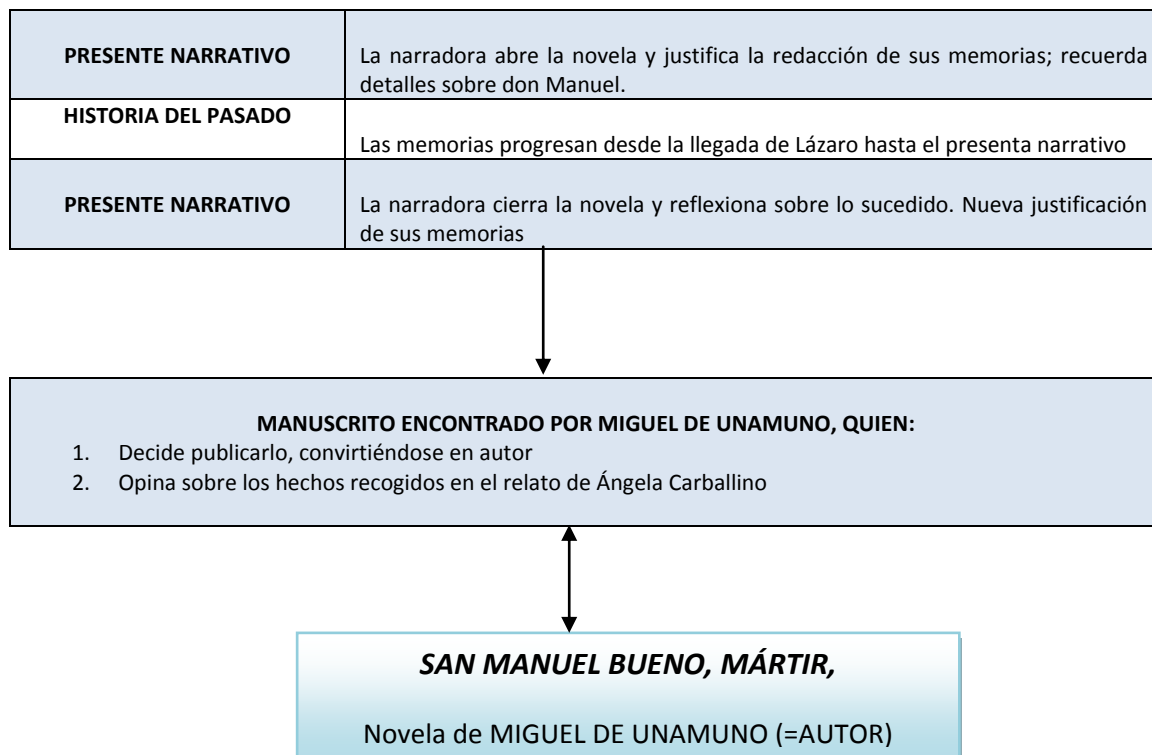
- ✓ También es la novela de la **abnegación y del amor al prójimo**. Paradoja muy del autor: precisamente es un hombre sin fe ni esperanza quien se convierte en ejemplo de caridad.
- ✓ Queda el **problema de la salvación**, y volvemos al punto de partida: la inmortalidad. El enfoque es ambiguo por el desdoblamiento que introduce entre autor (Unamuno) y narrador (Ángela). Según ésta, don Manuel y Lázaro “se murieron creyendo no creer lo que más nos interesa; pero, sin creer creerlo, creyéndolo...”. Estas palabras del personaje-narrador, ¿eran compartidas por el autor? Parece que en sus reflexiones finales, cabe la esperanza de que sí.
- ✓ **Otros motivos: el pecado del hombre**, que sería el de haber nacido, pues la existencia entraña dolor, sufrimiento y la aniquilación de la personalidad con la muerte; **lo vivido y lo soñado**, tema muy frecuente en Unamuno, ya que no distingue los límites entre ambos, y a veces cree que la vida es un sueño de Dios, y otras que es el hombre quien sueña a Dios; y **la cuestión social**, de la que ya hemos hablado: aparece cierta pasividad y despreocupación por la cuestión social, cuya importancia disminuye ante la trascendencia de la incógnita vital de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.

Estructura

- En cuanto a su **estructura externa**, la novela está dividida en 25 fragmentos, separados unos de otros por espacios en blanco, que llamaremos **secuencias**. En cada una de ellas se desarrolla un motivo o anécdota argumental distinto. Las primeras 24 son el relato de Ángela, y la última es una especie de **epílogo** del autor.
- Si atendemos a su **estructura interna** (desarrollo de la historia), cabe distinguir tres partes, seguidas del epílogo:
 - I. **Secuencias 1-8**: Noticias preliminares sobre don Manuel, que Ángela nos transmite de oídas o partiendo de ciertas notas de su hermano.
 - II. **Secuencias 9-20**: Es el cuerpo central del relato, a partir del regreso de Ángela al pueblo, primero, y de Lázaro, después. Con ello, la narración recibe un nuevo impulso que nos lleva hasta el descubrimiento del secreto del “santo”. Termina esta parte con la muerte del sacerdote.
 - III. **Secuencias 21-24**: Final del relato de Ángela
 - **Secuencia 25**: Epílogo del autor.

MEMORIAS DE ÁNGELA CARBALLINO (Secuencias 1-24)	Presentación y justificación de la memorias y notas preliminares (1-8) : primeros recuerdos de Ángela, recuerdos entre los 16 y los 24 años	VOZ DE LA NARRADORA
	Cuerpo central de las memorias (9-20): a) Relaciones Lázaro-Don Manuel. b) Revelación del secreto del párroco c) Muertes de don Manuel y Lázaro	
	Reflexiones finales de Ángela (21-24)	
EPÍLOGO DE UNAMUNO (25)	Referencias al “manuscrito encontrado” Unamuno finge ser un mero “editor” de las memorias Opiniones de Unamuno sobre el contenido del relato: -Paralelismo entre don Manuel y Moisés en torno al problema de la salvación -El pueblo no hubiese aceptado nunca la falta de fe de don Manuel	VOZ DEL AUTOR

- Unamuno crea un **desdoblamiento entre autor y narradora** mediante el conocido recurso del “manuscrito encontrado”, de estirpe cervantina. Esto quiere decir que, al interponer una narradora entre él y el lector, todos nos llega desde el **punto de vista de Ángela**; de ahí que una serie de asuntos queden a la discusión o la reflexión de los lectores.
- También se puede hablar de que la novela está concebida con una **estructura cerrada y circular**, como se puede observar en el siguiente cuadro:



Tiempo

Es curioso señalar la existencia de algunas **elipsis narrativas** o saltos en el tiempo, por ejemplo en las frases iniciales de las secuencias 10 y 18. Vamos a ver el tiempo externo y el interno en la obra:

TIEMPO EXTERNO O HISTÓRICO	Principios del siglo XX
TIEMPO INTERNO	1. Presente del EDITOR (el autor finge publicar unas memorias halladas por él de las que es autora Ángela Carballino.
	2. Presente de la NARRADORA (Fórmulas introductorias: “Ahora...”, “Recuerdo...”)
	3. Pasado: hechos acaecidos (progresión cronológica lineal, tiempo lento, recuerdos fragmentarios)

Espacio

Ésta es la única novela –excepto *Paz en la guerra*- en que Unamuno enmarca la acción en un lugar y un paisaje concretos. Sobre esto nos dice: “Escenario hay en *San Manuel Bueno, mártir*, sugerido por el maravilloso y tan sugestivo lago de San Martín de Castañeda, en Sanabria, al pie de las ruinas de un convento de bernardos y donde vive la leyenda de una ciudad, Valverde de Lucerna, que yace en el fondo de las aguas del lago”.

Pero Unamuno también emplea los elementos de este paisaje real para convertirlos en símbolos relacionados con los temas y, por lo tanto, con los personajes de la novela; su intención es doble:

1. Por una parte, la ciudad sumergida es símbolo de la **intrahistoria** del pueblo. Representa el recuerdo de los muertos de la aldea, de los antepasados que hicieron posible la vida que hoy tiene el pueblo. Para Unamuno, los muertos forman parte de la existencia de los vivos, viven en ellos. Eso es lo que quiere decir con la leyenda del sonido de las campanas de la aldea sumergida, que ellos pueden escuchar. Par el pueblo, el **lago** azul refleja el cielo de la vida eterna prometida, vida eterna de la que ya gozan los antepasados.
2. En segundo lugar, la leyenda de la villa sumergida en el lago tiene un simbolismo distinto en el plano individual de la conciencia del protagonista. Al describirlo físicamente, Ángela dice que “había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago”, y más adelante, dice: “Leí no sé qué honda tristeza en sus ojos, azules como las aguas del lago”, uniendo este rasgo a un estado interior cuyo origen todavía no puede explicarse. Esto lo escribe la narradora después de haber expuesto al sacerdote sus dudas acerca de la existencia del infierno. Este lago –con la villa sumergida de los antepasados muertos- refleja el azul del cielo en los ojos azules de don Manuel, que no cree en él. Por esto, la tentación del suicidio, que dice haber heredado de su padre es mayor a orillas del lago.

A partir del lago surgen otros fe firme del pueblo, se eleva hacia el agua quieta fuera del tiempo, confían los habitantes de la aldea. misterio de la **nieve** que cae al lago permanece cubriendo la montaña;



unos, firme; para él, diluida en la conciencia de la muerte. Obsérvese el sentido que puedan tener estas palabras de Ángela cuando describe el rezo en coro del Credo: “y no era un coro, sino una sola voz, una voz simple y unida, fundidas todas las voces en una y haciendo como una montaña, cuya cumbre, perdida a veces en nubes, era don Manuel. Y al llegar a lo de “creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable”, la voz de don Manuel se zambullía, como en un lago, en la del pueblo todo, y era que él se callaba”.

símbolos: la **montaña**, símbolo de la cielo. Sus nieves blancas son como símbolo de la vida eterna en que Pero para don Manuel es mayor el y desaparece, mientras que ése es el misterio de la fe: para

Y un último detalle: “llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta”. Ya en 1910, Unamuno utilizaba el “buitre” como símbolo de la angustia existencial, haciendo alusión al mito de Prometeo.

Contraste entre lo permanente y lo pasajero

En la novela se traba una oposición básica entre lo permanente y lo pasajero, lo estable y lo efímero, lo duradero y lo perecedero, entre lo inmortal y lo mortal. Esta oposición refleja la propia duda existencial de don Manuel acerca de la inmortalidad del hombre. Para el sacerdote y para Lázaro, la muerte significa la destrucción, la desaparición del ser humano. En tal caso, el hombre sería efímero, perecedero como la nieve en el lago. Pero, ¿no podría ser estable y duradero, permanente e inmortal como la nieve en la montaña? El paisaje es permanente, estable. La historia pasa, pero la naturaleza permanece siempre. Por eso, la narradora trata de identificar a don Manuel con el lago y con la montaña, con la aldea de Valverde de Lucerna, con todo aquello que tienda a la permanencia.

Arte del relato. Estilo.

Por encima de todo, hay que subrayar el arte del relato, la maestría con que Unamuno conduce la narración. Durante la primera parte, vemos cómo se va caracterizando progresivamente al personaje central, mediante el hábil engarce de anécdotas. Pronto, sin embargo, comienza el autor a hacernos

entrever algo oculto en el sacerdote, y pasamos a la segunda parte, donde la intriga aumenta, mientras, de manera gradual, nos va acercando al secreto, cuyo descubrimiento es el momento culminante en el relato.

Para ello se vale de una técnica que destaca entre las demás empujadas en la obra: la del **diálogo**. Los diálogos son los “vehículos de las ideas” en las novelas de Unamuno, como “exteriorización de los conflictos ideológicos y de los dramas íntimos”, y un ejemplo es *San Manuel*. Pero además, el autor da al diálogo una **función narrativa**, como sucede en las conversaciones en que Lázaro refiere a Ángela las preocupaciones de don Manuel, y en relación con ello, es interesante la aparición del **diálogo dentro del diálogo** de la secuencia 14.

En cuanto al **estilo**, debemos destacar la intensidad emocional, la densidad de ideas, el gusto por las paradojas, y el lirismo de algunos pasajes.

PAUTAS PARA EL COMENTARIO DE TEXTO (consejos para afrontar un texto de *San Manuel*)

- ✓ Encuadramiento del texto: autor, obra, género, contexto histórico, político, filosófico, o social del siglo XX, en Europa y/o en España; qué ideas aparecen en el texto que lo conectan a su época.
- ✓ Tema central y tesis que defiende el autor: relacionarlos con la época, el pensamiento de la generación del 98 (existencialismo: Kierkegaard). Intencionalidad del autor. ¿Qué ha podido influirle para escribir sobre el tema? Argumentos a favor y en contra; se pueden relacionar con la actualidad por comparación
- ✓ Temas secundarios: en el orden de la estructura. Argumentos a favor y en contra. ¿Son actuales tales preocupaciones? ¿Ha cambiado la manera de pensar de las personas del siglo XXI?
- ✓ Personajes: explicación de sus actuaciones y palabras. Nuestra opinión.
- ✓ Tiempo y espacio: ¿son importantes?
- ✓ Conclusión personal: las ideas de Unamuno, ¿son significativas hoy en día? ¿Qué opinión conclusiva nos merecen?

Todo ha de argumentarse; no hay que valorar la novela, sino el fragmento (si es necesario, podemos aludir a la obra, para volver al texto inmediatamente) Son fundamentales las citas del mismo. Unas 40 líneas.

TEXTOS PARA COMENTAR

1. *Lázaro, acaso para distraerle más, le propuso si no estaría bien que fundasen en la iglesia algo así como un sindicato católico agrario.*
-¿Sindicato? –respondió tristemente don Manuel- ¿Sindicato? Y ¿qué es eso? Yo no conozco más sindicato que la Iglesia, y ya sabes aquello de “mi reino no es de este mundo”. Nuestro reino, Lázaro, no es de este mundo...
-¿Y del otro?
Don Manuel bajó la cabeza:
-El otro, Lázaro, está aquí también, porque hay dos reinos en este mundo, o mejor, el otro mundo..., vamos, que no sé lo que me digo. Y en cuanto a eso del sindicato, es en ti un resabio de tu época de progresismo. No, Lázaro, no; la religión no es para resolver los conflictos económicos o políticos de este mundo que Dios entregó a las disputas de los hombres. Piensen los hombres y obren los hombres como pensaren y como obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo esto tiene una finalidad. Yo no he venido a someter los pobres a los ricos, ni a predicar a éstos que se sometan a aquéllos. Resignación y caridad en todos y para todos. Porque también el rico tiene que resignarse a su riqueza, y a la vida, y también el pobre tiene que tener caridad para con el rico. ¿Cuestión social? Deja eso, eso no nos concierne. Que traen una nueva sociedad, en que no haya ya ni ricos ni pobres, en que esté justamente repartida la riqueza, en que todo sea de todos, ¿y qué? ¿Y no crees que del bienestar general surgirá más fuerte el tedio de la vida? Sí, ya sé que uno de esos caudillos de la que llaman revolución social ha dicho que la religión es el opio del pueblo. Opio... , opio..., opio, sí. Démosle opio, y que duerma y que sueñe. Yo mismo, con esta mi loca actividad, me estoy administrando opio. Y no logro dormir bien, y menos soñar bien... ¡Esta terrible pesadilla! Y yo también puedo decir con el Divino Maestro: “Mi alma está triste hasta la muerte”. No, Lázaro, no; nada de sindicatos por nuestra parte. Si lo forman ellos, me parecerá bien, pues que así se distraen. Que jueguen al sindicato, si eso les contenta.
2. *Al llegar la última Semana de Pasión que con nosotros, en nuestro mundo, en nuestra aldea, celebró don Manuel, el pueblo todo presintió el fin de la tragedia. ¡Y cómo sonó entonces aquel “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”, el último que en público sollozó don Manuel!. Y cuando dijo lo del Divino Maestro al buen bandolero –*

“todos los bandoleros son buenos”, solía decir don Manuel-, aquello de: “Mañana estarás conmigo en el paraíso”. ¡Y la última comunión general que repartió nuestro santo!. Cuando llegó a dársela a mi hermano, esta vez con mano segura, después del litúrgico ... in vitam aeternam, se le acercó al oído y le dijo: “No hay más vida que ésta..., que la sueñen eterna..., eterna de unos pocos años...”. Y cuando me la dio a mí, me dijo: “Reza, hija mía, reza por nosotros”. Y luego, algo tan extraordinario que lo llevo en el corazón como el más grande misterio, y fue que me dijo, con voz que parecía de otro mundo: “...y reza también por Nuestro Señor Jesucristo...”.

3. *Nadie en el pueblo quiso creer en la muerte de don Manuel; todos esperaban verle a diario, y acaso le veían pasar a lo largo del lago y espejado en él o teniendo por fondo la montaña; todos seguían oyendo su voz, y todos acudían a su sepultura, en torno a la cual surgió todo un culto. Los endemoniados venían ahora a tocar la cruz de nogal, hecha también por sus manos y sacada del mismo árbol de donde sacó las seis tablas en que fue enterrado. Y los que menos queríamos creer que se hubiese muerto éramos mi hermano Lázaro y yo.*

Él, Lázaro, continuaba la tradición del santo y empezó a redactar lo que le había oído, notas que me han servido para esta mi memoria.

-Él me hizo un hombre nuevo, un verdadero Lázaro, un resucitado- me decía-. Él me dio fe.

-¿Fe? -le interrumpía yo.

-Sí, fe, fe en el consuelo de la vida, en el contento de la vida. Él me curó de mi progresismo. Porque hay, Ángela, dos clases de hombres peligrosos y nocivos: los que, convencidos de la vida de ultratumba, de la resurrección de la carne, atormentan, como inquisidores que son, a los demás, para que, despreciando esta vida como transitoria, se ganen la otra, y los que, no creyendo más que en ésta...

-Como acaso tú ... -le decía yo.

-Y sí, y como don Manuel. Pero no creyendo más que en este mundo esperan no sé qué sociedad futura y se esfuerzan en negarle al pueblo el consuelo de creer en otro...

-De modo que...

De modo que hay que hacer que vivan de la ilusión.

4. *Y ahora, al escribir esta memoria, esta confesión íntima de mi experiencia de la santidad ajena, creo que don Manuel Bueno, que mi san Manuel y que mi hermano Lázaro se murieron creyendo no creer lo que más nos interesa, pero sin creer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada. Pero ¿por qué -me he preguntado muchas veces- no trató don Manuel de convertir a mi hermano también con un engaño, con una mentira, fingiéndose creyente sin serlo? Y he comprendido que fue porque comprendió que no le engañaría, que para con él no le serviría el engaño, que sólo con la verdad, con su verdad, le convertiría; que no habría conseguido nada si hubiese pretendido representar para con él una comedia -tragedia más bien-, la que representaba para salvar al pueblo. Y así le ganó, en efecto, para su piadoso fraude; así le ganó con la verdad de muerte a la razón de vida. Y así me ganó a mí, que nunca dejé transparentar a los otros su divino, su santísimo juego. Y es que creía y creo que Dios Nuestro Señor, por no sé qué sagrados y no escudriñaderos designios, les hizo creerse incrédulos. Y que acaso en el acabamiento de su tránsito se les cayó la venda. ¿Y yo, creo?*

Y al escribir esto ahora, aquí, en mi vieja casa materna, a mis más que cincuenta años, cuando empiezan a blanquear con mi cabeza mis recuerdos, está nevando, nevando sobre el lago, nevando sobre la montaña, nevando sobre las memorias de mi padre, el forastero; de mi madre, de mi hermano Lázaro, de mi pueblo, de mi san Manuel, y también sobre la memoria del pobre Blasillo, de mi san Blasillo, y que él me ampare desde el cielo. Y esta nieve borra esquinas y borra sombras, pues hasta de noche la nieve alumbra. Y yo no sé lo que es verdad y lo que es mentira, ni lo que vi y lo que soñé -o mejor lo que soñé y lo que sólo vi-, ni lo que supe ni lo que creí. No sé si estoy traspasando a este papel, tan blanco como la nieve, mi conciencia que en él se ha de quedar, quedándome yo sin ella. ¿Para qué tenerla ya...? ¿Es que sé algo?, ¿es que creo algo? ¿Es que esto que estoy aquí contando ha pasado y ha pasado tal y como lo cuento? ¿Es que pueden pasar estas cosas? ¿Es que todo esto es más que un sueño soñado dentro de otro sueño? ¿Seré yo, Ángela Carballino, hoy cincuentona, la única persona que en esta aldea se ve acometida de estos pensamientos extraños para los demás? ¿Y estos, los otros, los que me rodean, creen? ¿Qué es eso de creer? Por lo menos, viven. Y ahora creen en san Manuel Bueno, mártir, que sin esperar inmortalidad les mantuvo en la esperanza de ella.

CUESTIONES

- Redacte un resumen del texto.
- Indique el tema y la organización de ideas del texto.
- Comentario crítico sobre el contenido del texto.

PRUEBA DE SELECTIVIDAD. 2006.

Cuando se percató de todo el imperio que sobre el pueblo todo y en especial sobre nosotras, sobre mi madre y sobre mí, ejercía el santo varón evangélico, se irritó contra éste. Le pareció un ejemplo de la oscura **teocracia** en que él suponía hundida a España. Y empezó a barbotar sin descanso todos los viejos lugares comunes **anticlericales** y hasta antirreligiosos y progresistas que había traído **renovados** del Nuevo Mundo

—En esta España de calzonazos —decía—, los curas manejan a las mujeres y las mujeres a los hombres... ¡Y luego el campo!, ¡el campo!, este campo feudal...

Para él, feudal era un término pavoroso, feudal y medieval eran los dos calificativos que prodigaba cuando quería condenar algo. Le desconcertaba el ningún efecto que sobre nosotras hacían sus diatribas y el casi ningún efecto que hacían en el pueblo, donde se le oía con respetuosa indiferencia: “A estos patanes no hay quien los conmueva.” Pero como era bueno, por ser inteligente, pronto se dio cuenta de la clase de imperio que don Manuel ejercía sobre el pueblo, pronto se enteró de la obra del cura de su aldea.

—¡No, no es como los otros —decía—, es un santo!

—Pero, ¿tú sabes cómo son los otros curas? —le decía yo, y él:

—Me lo figuro.

Mas aun así ni entraba en la iglesia ni dejaba de hacer alarde en todas partes de su **incredulidad**, aunque procurando siempre dejar a salvo a don Manuel. Y ya en el pueblo se fue formando, no sé cómo, una expectativa, la de una especie de duelo entre mi hermano Lázaro y don Manuel, o más bien se esperaba la conversión de aquél por éste. Nadie dudaba de que al cabo el párroco le llevaría a su parroquia. Lázaro, por su parte, ardía en deseos —me lo dijo luego— de ir a oír a don Manuel, de verle y oírle en la iglesia, de acercarse a él y con él conversar, de conocer el secreto de aquel su imperio espiritual sobre las almas. Y se hacía de rogar para ello, hasta que, al fin, por curiosidad —decía—, fue a oírle.

—Sí, esto es otra cosa —me dijo luego de haberle oído—, no es como los otros, pero a mí no me la da; es demasiado inteligente para creer todo lo que tiene que enseñar.

(Miguel de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*)

PREGUNTAS

1. Redacte un resumen del texto. (Puntuación máxima: 1 punto)
2. Indique el tema y la organización de ideas del texto. (Puntuación máxima: 2 puntos)
3. Comentario crítico sobre el contenido del texto. (Puntuación máxima: 3 puntos)
4. Responda a una de las dos cuestiones siguientes. (Puntuación máxima: 2 puntos)
 - a) Explique las relaciones sintácticas que se establecen entre las oraciones del siguiente fragmento:
Cuando se percató de todo el imperio que sobre el pueblo todo y en especial sobre nosotras, sobre mi madre y sobre mí, ejercía el santo varón evangélico, se irritó contra éste.
 - b) Analice la formación de las palabras subrayadas en el texto y explique su significado.
5. Responda a una de las cuestiones siguientes: (Puntuación máxima: 2 puntos)
 - a) Características de la *Generación del 98*.
 - b) Describa las características de género de la novela.